

*Lógica y ontología
Verdad, existencia e identidad
como funciones de segundo nivel*

MARÍA JOSÉ FRÁPOLLI
(Universidad Granada)

A finales de 1992 ha aparecido publicado en Clarendon Press, Oxford, el último libro del filósofo británico Christopher J. F. Williams. El libro se titula *Being, Identity, and Truth* y su objetivo es el análisis del significado de las nociones de verdad, existencia e identidad tal como como las usamos en lenguaje natural. El tema de esta obra puede calificarse como perteneciente al ámbito de la Filosofía de la Lógica, puesto que estudia el comportamiento lógico de las expresiones veritativas, existenciales y de identidad. Sin embargo, debido a la peculiaridad de las expresiones contempladas, sus conclusiones son de extraordinario interés para la Filosofía en general y colocan a su autor en la cima de la filosofía británica contemporánea. En lo que sigue, me gustaría presentar al público de habla castellana las tesis más relevantes del pensamiento de Christopher Williams, a quien he tenido la suerte de conocer, primero a través de algunas de sus obras y posteriormente en persona en la Universidad de Bristol (Reino Unido). Sin embargo, las nociones de existencia, verdad e identidad son tan complejas que no pueden agotarse en unas pocas páginas. Este comentario no pretende ser, por tanto, un sustituto de la lectura de la obra de Williams, sino tan sólo un aperitivo. Tanto *Being, Identity, and Truth* como sus anteriores libros son de conocimiento obligado para todo el que se dedique a la Filosofía del Lenguaje, la Filosofía de la Lógica o la Ontología.

Existencia, ser, identidad y verdad son posiblemente las nociones filosóficas que más controversia y, consecuentemente, mayor cantidad de literatura han provocado en los últimos veinticinco siglos. Son las nociones más generales con las que los filósofos han tenido que vérselas y las que se han considerado más genuinamente propias de la investigación filosófica.

Ante problemas filosóficos que parecen resistirse a los más sofisticados intentos de solución, es sensato preguntarse alguna vez si nuestra perspectiva frente a ellos es o no la adecuada. La expresión «las cuestiones eternas de la filosofía», usada a veces para caracterizar positivamente ciertas discusiones, podría esconder asimismo un repertorio de investigaciones fracasadas a causa de un planteamiento erróneo.

Atisbos de que los problemas relacionados con el ser, la verdad o la identidad podrían derivarse de ciertos espejismos lingüísticos han aparecido a menudo a lo largo de la historia y muchas de las mentes filosóficas más claras han denunciado la situación. En el último siglo y medio podríamos citar a Frege, a Russell, a Wittgenstein y a Austin, por nombrar sólo a los que se vienen a la mente sin pensar demasiado.

Christopher Williams ha dedicado muchos años a realizar un estudio sistemático de la manera en que funcionan en inglés las expresiones equivalentes a «ser», «existir» «ser idéntico a» y «ser verdadero», aunque sin perder de vista el hecho de que el inglés es un lenguaje indoeuropeo que comparte con el resto de los lenguajes indoeuropeos muchos rasgos estructurales. La inmensa mayoría de las conclusiones a las que Williams llega son aplicables al castellano sin modificaciones y merece la pena que la filosofía de nuestra lengua las tenga en cuenta.

El último libro de Christopher Williams, *Being, Identity, and Truth*, pretende discutir, eliminando en lo posible tecnicismos lógicos, los resultados más relevantes obtenidos por el autor en investigaciones anteriores recogidas en su trilogía *What is Truth?* (Cambridge University Press, 1976), *What is Existence?* (Clarendon Press, 1981) y *What is Identity?* (Clarendon Press, 1989). Verdad, existencia e identidad son, en opinión de Williams, nociones muy relacionadas. Las expresiones «existe», «es idéntico a» y «es verdadero» funcionan como predicables de segundo nivel, esto es, como funciones cuyos argumentos son a su vez funciones. De hecho, la existencia no se predica de objetos, la identidad no relaciona objetos y la verdad es un caso especial de identidad. Una de los rasgos que verdad, existencia e identidad comparten es que ninguna de las tres es lo que parece. En los tres casos la gramática superficial de esas expresiones desdibuja su función lógica.

1. Existencia

La posición de Williams respecto de la existencia es idéntica a la de Frege, aunque tiene el mérito añadido de analizar los aparentes contraejemplos a la posición fregeana a la luz de una concepción *à la* Kripke de las propiedades esenciales. Desde Frege, ha sido habitual asumir que «existir» es un predicado de segundo nivel, esto es, una función que tiene como argumentos funciones. Si utilizáramos una terminología fregeana, diríamos que «existir» es un predicado de conceptos y no de objetos. Sin embargo, el alcance de esta posición, sostenida por la mayoría de los lógicos y filósofos de la lógica de orientación anglosajona, no ha sido aún totalmente asimilado. Un ejemplo ilustrativo de ello es el famoso eslogan quineano, repetido hasta la saciedad, «ser es ser el valor de una variable ligada» que, *malgré* su autor, identifica «ser», que es teóricamente un predicado de conceptos, con «ser el valor de una variable ligada», que es un predicado de objetos.

Son aparentes contraejemplos a la concepción fregeana de la existencia aquellos enunciados en los que «existir» aparezca acompañando a nombres propios. En los escritos de Williams estos contraejemplos se clasifican en cuatro tipos:

1. Enunciados que tratan de personajes de ficción: «Laura Palmer no existe.»
2. Enunciados que expresan existencia continuada, en positivo o en negativo, como «Yugoslavia ya no existe» y «Santiago Carrillo existe todavía».
3. Enunciados que expresan existencia contingente: «Yo podría no haber existido.»
4. Enunciados en los que «existir» aparece en oraciones incrustadas: «Bill Clinton no sabe que Julio Anguita existe.»

Todos ellos, sin embargo, pueden explicarse sin necesidad de recurrir a un predicado de existencia de primer nivel, esto es, a un predicado que predique existencia de objetos. La información que todos ellos transmiten es o bien metalingüística, como en el caso 1, o bien es acerca de una propiedad, como en los casos restantes.

La interpretación adecuada de los ejemplos de tipo 1 requiere ciertas consideraciones pragmáticas que paso a comentar. La actividad de contar cuentos, de inventar historias, puede encuadrarse en la actividad de jugar. Los niños cuando juegan *hacen como si* los muñecos que utilizan fuesen realmente niños; los coches de juguete, coches de verdad, y las pistolas de plástico, armas reales. En las historias de ficción que, aunque más complicados, son juegos al fin y al cabo el principio es el mismo: usamos palabras con sus roles auténticos junto con otras que sólo son, por decirlo así, palabras de juguete. Ni «Blancanieves» ni «Laura Palmer» son nombres, porque no nombran a nadie, aunque dentro de ciertos contextos *hacemos como si* lo fueran. Jugamos a que ciertas expresiones son nombres cuando, en realidad, sólo *parecen* nombres en el sentido en que las pistolas de juguete *parecen* pistolas de verdad. No hay dos tipos de entidades, las reales y las de ficción, pero sí hay dos tipos de expresiones, indistinguibles sintácticamente: los nombres propios y los nombres *de juguete*. Podríamos decir, sin traicionar el espíritu de la posición de Williams, que la caracterización de una expresión como un nombre propio depende de ciertas consideraciones sintáctico-semánticas (debe ser una expresión lógicamente simple) junto con ciertas consideraciones pragmáticas (debe utilizarse *en serio* para referir).

Los contraejemplos restantes, esto es, los enunciados que expresan existencia continuada, existencia contingente o los enunciados existenciales incrustados se explican haciendo uso de las nociones de propiedad esencial y de predicado de reidentificación. Parece, sin embargo, que las propiedades esenciales son suficientes para dar cuenta de la información que tales enunciados transmiten. Lo que decimos en cada caso es que alguna propiedad esencial de algo es todavía poseída por algo o que no es poseída por nada o que podría no haberse instanciado nunca. El esencialismo de Williams no es más que el esencialismo descafeinado de Kripke: es necesario para los individuos proceder de las células sexuales de las que proceden y para los objetos inanimados estar hechos del trozo de materia de la que están hechos.

Williams se opone a la conexión quineana entre cuantificación y ontología. Las expresiones que acarrear el peso ontológico son las referenciales, no los cuantificadores. En castellano decimos: «Hay buenas razones para la bajada de los tipos de interés», «Hay muchas maneras de cocinar el pollo» o «Hay veces en las que me gustaría desaparecer del mapa», sin que ello nos comprometa con una ontología por la que campen buenas razones, junto con maneras de cocinar el pollo y veces en las que me gustaría desaparecer. Quine distingue lo que se dice usando el vocabulario primitivo de una teoría de lo que decimos usando expresiones derivadas o definidas. Nos comprometemos, en su opinión, con la existencia de los valores de las variables ligadas en la formulación de una teoría que usa la notación primitiva. Pero ¿qué razones puede haber para preferir una reformulación mejor que algunas otras de sus equivalentes? Colocados en el lenguaje natural, ¿qué razón hay para interpretar unas veces las expresiones «hay», «algún» o «existe» de modo que comporten un compromiso ontoló-

gico y otras que no? Si pensamos en el inglés, la lengua materna de Quine y Williams, tendríamos que plantear por qué «*some*» en «*something*» es a veces existencial y «*some*» en «*somewhere*» o «*somehow*» no habría de serlo. La posición de Williams es que «*some*» —o en castellano, «algún»— realiza siempre la misma función lógica: la generalización existencial. Decimos que hay buenas razones para bajar los tipos de interés porque creemos que tal cosa o tal otra son buenas razones para bajar los tipos de interés. Digo que hay veces en las que me gustaría desaparecer o que hay alumnos matriculados en Lógica I porque así me sentí el martes pasado y de nuevo hoy y porque Santiago, Marisa y Eva están matriculados en Lógica I. La función de «hay» en la segunda oración de los pares siguientes es la misma:

- a.1. Victoria no sabe conducir.
- a.2. Hay personas que no saben conducir.
- b.1. El 2 es un número primo par.
- b.2. Hay al menos un número primo que es par.
- c.1. Se puede llegar al Veleta en coche.
- c.2. Hay maneras de llegar al Veleta.
- d.1. Ayer por la tarde me sentí muy bien.
- d.2. Hay momentos en los que me siento muy bien.

Las oraciones a.2, b.2, c.2 y d.2 son generalizaciones existenciales de a.1, b.1, c.1 y d.1. Estas implican aquéllas, pero no al contrario. La función de «hay» es señalar esta relación de implicación y eso nada tiene que ver con nuestro compromiso ontológico.

2. La identidad

Las expresiones «es idéntico a» y «es verdadero» también sirven para indicar que ciertas operaciones se han llevado a cabo. Comenzaremos por la identidad que es, en opinión de Williams, la noción más general, siendo la verdad un caso especial de ella. A veces expresamos identidad con expresiones que parece relacionar objetos. Las expresiones que acompañan al relator de identidad son en estos casos términos singulares: nombres o descripciones. Hay, por tanto, tres tipos de enunciados en los que aparece el relator de identidad: enunciados con dos nombres, con un nombre y una descripción y con dos descripciones. La tesis central de William respecto de la identidad es la siguiente: en los contextos extensionales vale el *dictum* wittgensteiniano (*Tractatus* 5.53): «Expreso la identidad del objeto por la identidad del signo y no por medio de un signo de identidad. Y la diversidad de los objetos por la diversidad de los signos.» Esta política nos permite prescindir del relator diádico de identidad siempre que adoptemos además una interpretación exclusiva de las variables. En los contextos bajo el dominio de un operador intensional se requiere, sin embargo, un operador de identidad con el status de un predicable de segundo nivel. Veamos un ejemplo de cada uno de los tipos de (aparentes) enunciados de identidad:

- e.1. Felipe González es Isidoro.
- e.2. Dubrovnik es la ciudad más hermosa del Mediterráneo.
- e.3. El actual presidente del Gobierno es a la vez el secretario general del partido socialista.

En opinión de Williams, sólo el tercero es un genuino enunciado de identidad. En el caso de e.1 tenemos un enunciado que transmite una información metalingüística. Cualquier manera de parafrasear e.1 muestra que al menos uno de los dos nombres va mencionado y no usado. Una posible paráfrasis de e.1 es

- e.1'. Felipe González fue conocido alguna vez como «Isidoro».

En casos como éste, la forma lógica del enunciado no refleja ningún operador de identidad, porque, a pesar de la manera estándar de traducirlo a un cálculo de predicados, e.1 no es un enunciado de identidad. Alguien podría objetar que una paráfrasis que se aproxima más a lo que se quiere decir en e.1 y en la que sí aparece una expresión de identidad es

- e.1". La misma persona es conocida como «Felipe González» y como «Isidoro».

No hay nada que objetar a esta nueva paráfrasis. Pero la forma lógica de e.1" tampoco contiene un operador que deba expresarse como un relator diádico de objetos. La paráfrasis e.1" tiene dos posibles lecturas.

- e.1*. «Felipe González» e «Isidoro» tienen la misma referencia, y
- e.1**. Hay un objeto que tiene a la vez la propiedad de ser llamado «Felipe González» y la propiedad de ser llamado «Isidoro».

Si la lectura favorecida es e.1*, estamos ante un enunciado que expresa co-referencialidad, y si es e.1**, estamos ante un (genuino) enunciado de identidad entre dos descripciones, cuyo análisis todavía no hemos abordado.

En la forma lógica de los (aparentes) enunciados de identidad entre un nombre y una descripción tampoco aparece ningún operador de identidad. La información que se transmite con

- e.2. Dubrovnik es la ciudad más hermosa del Mediterráneo

es que Dubrovnik cumple la propiedad de ser la ciudad más hermosa del Mediterráneo de manera exclusiva. Esto es, Dubrovnik es una ciudad, es hermosa y se encuentra a orillas del Mediterráneo, y si ordenamos las ciudades de estas características, de acuerdo con su hermosura relativa, Dubrovnik ocuparía el primer lugar. Aquí no hay ninguna afirmación de identidad. Lo que tenemos, eso sí, es una predicación y una afirmación de unicidad.

En el espíritu de la concepción del Wittgenstein del *Tractatus*, mostramos identi-

dad cuando repetimos expresiones. Eso ocurre de manera característica en aquellos enunciados en los que conectamos dos descripciones, como es el caso de

e.3. El actual presidente del Gobierno es a la vez el secretario general del partido socialista.

Lo que se dice en e.3 es que hay un objeto que es, a la vez, presidente del Gobierno en la actualidad y secretario general del partido socialista y que no hay dos presidentes del Gobierno en la actualidad ni dos Secretarios generales de ese partido. Traducido al lenguaje de las variables, e.3 tendría la siguiente forma

e.3*. $Ex (Px \ \& \ Sx) \ \& \ \exists EyEz (Py \ \& \ Pz) \ \& \ \exists EuEw (Su \ \& \ Sw).$

La identidad se muestra en la repetición de la variable en la primera cláusula de la conjunción, y para ello no necesitamos ningún relator de identidad de primer nivel.

En contextos extensionales no hace falta ningún operador especial de identidad, que es, sin embargo, imprescindible en contextos epistémicos. Pero en ambos contextos la identidad —es decir, expresiones del tipo «es idéntico a», «la misma persona», etc.— desempeña la misma labor: convertir predicados diádicos en monádicos. Cuando digo que Felipe González es el presidente del Gobierno y el secretario del partido socialista doy esa información al indicar que los dos lugares de argumento del predicable conjuntivo.

e.3! «... es presidente del Gobierno y --- es secretario general del partido socialista»

están ocupados por un único argumento. Esto puede mostrarse repitiendo en cada caso el nombre «Felipe González» o convirtiendo e.3! en un predicable monádico.

e.3!! «... es presidente del Gobierno y (la misma persona) es secretario general del partido socialista.

Formalmente, e.3! sería «P...& S---», mientras que e.3!! sería «=x (Px & Sx)...», donde «=» es el operador Xi de identidad que Williams propone, que tiene como argumentos dos predicables de objetos. Williams subraya que la función que realiza su operador de identidad la desempeñan en los lenguajes naturales los pronombres reflexivos. El paso de

e.4 Jorge afeita a Guillermo.

a

e.5. Jorge se afeita a sí mismo

se lleva a cabo clausurando uno de los lugares de argumento del relator diádico «... afeita a ---» con un operador de nivel superior que lo convierte en el predicado mo-

nádico «... se afeita a sí mismo» y saturando el lugar de argumento restante con el nombre «Jorge». Esta labor que los reflexivos realizan al convertir verbos transitivos en intransitivos se realiza con más generalidad mediante expresiones como «es el mismo que», «la misma cosa», etc., que convierten relatores diádico complejos en predicados. No es casualidad, por tanto, que en castellano usemos la expresión «mismo» tanto en compuestos que indican reflexividad y como en compuestos que indican identidad.

Considerar la identidad como un predicable de segundo nivel que convierte predicables diádicos en monádicos soluciona las tradicionales paradojas de la identidad, los problemas de los reflexivos en contextos epistémicos y los rompecabezas del tipo del de Kripke acerca de Londres y London.

3. Verdad

La interpretación de Williams del predicado «es verdad» convierte a su concepción en una versión de la teoría pro-oracional de la verdad introducida por Grover, Camp y Belnap en el artículo «A prosentential theory of truth», *Philosophical Studies*, 27 (1975), aunque la concepción de Williams, además de haberse desarrollado independientemente, es más completa y detallada. Anteriormente señalé de pasada que la verdad es, de acuerdo con Williams, un caso especial de la identidad. La identidad indicaba la repetición de un argumento en un predicable y eso mismo es lo que hace la expresión «es verdadero». La diferencia consiste en que en el caso de la verdad el argumento que se repite es siempre una oración. Veamos un ejemplo:

- f.1. Guillermo ordenó los juguetes y Guillermo felicitó a Susana.
- f.2. Guillermo ordenó los juguetes y *él mismo* felicitó a Susana.
- f.3. El que ordenó los juguetes es la misma persona que el que felicitó a Susana.

- g.1. Marina dijo que era domingo y era domingo.
- g.2. [Marina dijo que era Domingo y eso]*.
- g.3. Lo que Marina dijo era verdad.

Tanto en f.1 como en g.1 tenemos un relator diádico con dos argumentos repetidos. En el primer caso se repite «Guillermo» y en el segundo «era Domingo». La repetición de un nombre se indica en los lenguajes indoeuropeos con un pronombre que tenga una referencia anafórica. El «él mismo» de f.2 va en lugar de «Guillermo». El predicable de f.1 y f.2, «... ordenó los juguetes y --- felicitó a Susana», necesita nombres en los lugares de argumento y la función de la expresión pronominal «él mismo» es indicar la repetición de un nombre. El predicable de g.1 y g.2, «Marina dijo que... y ---», necesita oraciones en sus lugares de argumento. Antes de la conjunción aparece la oración «era domingo» y después de la conjunción debe ir otra oración. En g.1 lo que hay tras la conjunción es la repetición del argumento anterior y en g.2 hemos colocado una expresión que no tiene la categoría gramatical adecuada, por lo que no es

una oración bien formada. No hay en castellano ninguna expresión que realice para oraciones la función que «él», «eso», «ella», etc., realizan con nombres. Esto es, en castellano no tenemos pro-oraciones y por eso necesitamos un predicado peculiar como «es verdadero» para convertir oraciones agramaticales como g.2 en gramaticales. La siguiente oración es irreprochable.

g.2'. Marina dijo que era domingo y eso es verdad

pero el predicado gramatical «es verdad» no predica nada de una supuesta entidad (¿una oración, un enunciado, una proposición?), sino que, a pesar de su forma gramatical, «es verdad», es un operador que indica la cancelación de un lugar oracional de argumento:

h.1. «Marina dijo... y ---»

un relator diádico de segundo nivel, se ha convertido en

h.2. «(=) (Marina dijo x y x)....»

que es un predicado monádico de segundo nivel. La operación aquí es la misma que la llevada a cabo en el paso de f.1 a f.2.

Desde una concepción pro-oracional de la verdad de corte williamsiano puede explicarse el estatuto privilegiado del que ha gozado la teoría de la verdad como correspondencia a lo largo de los siglos, así como la trivialidad de algunas formulaciones de la teoría de la redundancia.

La teoría de la verdad como correspondencia mantiene que la verdad es una noción relacional que conecta de alguna manera lenguaje y mundo. Pues bien, si la verdad es un operador de segundo nivel del tipo expuesto, el rasgo relacional se explica porque el operador de verdad tiene como argumento un relator diádico (o en general n-ádico con $n \geq 1$). El operador veritativo no es una relación, pero es un operador de relaciones en las que, en algún sentido, el lenguaje aparece en el primer argumento y el mundo en el segundo. La ventaja de la posición de Williams es, sin embargo, que el papel lógico que las expresiones veritativas realizan se explica completamente sin necesidad de plantearse qué entidades, lingüísticas o no, son los supuestos portadores de la verdad ni qué tipo de cosas son los hechos. En realidad, ni la verdad necesita portador ni los hechos son nada. El conferir un status lógico equivocado a la verdad como un relator de objetos produce también los problemas espúrios de determinar cuáles son los términos de la relación. Pero *muerto el perro se acabó la rabia*; si no hay relación, tampoco hay objetos relacionados.

Si las expresiones veritativas tienen como misión mantener la gramaticalidad de ciertas generalizaciones mediante el expediente de formar oraciones en los lugares donde se necesitan, no es de extrañar que algunas versiones de la teoría de la verdad como redundancia suenen enormemente verosímiles. De la misma manera que en los ejemplos

- g.1. Marina dijo que era domingo y era domingo.
- g.2. [Marina dijo que era domingo y eso]*.
- g.3. Lo que Marina dijo era verdad

la función de «era verdad» en g.3 es construir una oración sintácticamente correcta para cubrir el hueco tras la conjunción, la función de las expresiones veritativas en

- k.3. «Los metales se dilatan con el calor» es una oración verdadera».
- l.3. Que los efectos de la sequía podrían haberse paliado con una buena política hidráulica es una verdad como un templo.
- m.3. Es cierto que no hay mal que por bien no venga

es construir oraciones sintácticamente correctas a partir de expresiones nominales. La impresión de que en k.3-m.3 las expresiones veritativas no añaden nada al contenido de lo que se dice es correcta. En los ejemplos k.3-m.3 lo que se dice es que los metales se dilatan con el calor, que los efectos de la sequía podrían haberse paliado con una buena política hidráulica y que no hay mal que por bien no venga. Nada más. Por eso parece apropiado decir que «es una oración verdadera», «es una verdad como un templo» y «es cierto» son redundantes. Sin embargo, la redundancia de estas expresiones es semántica, pero no sintáctica. Ciertamente no añaden en estos casos nada a lo dicho en la cláusula que les sirve de sujeto, pero esto es porque estas cláusulas han sido nominalizadas bien mediante la introducción de comillas, bien mediante la partícula «que». La situación es, por tanto, la siguiente: las oraciones.

- k.1. Los metales se dilatan con el calor.
- l.1. Los efectos de la sequía podrían haberse paliado con una buena política hidráulica.
- m.1. No hay mal que por bien no venga.

se han convertido en las expresiones nominales

- k.2.«Los metales se dilatan con el calor».
- l.2. Que los efectos de la sequía podrían haberse paliado con una buena política hidráulica.
- m.2. Que no hay mal que por bien no venga.

Si queremos convertir de nuevo k.2-m.2 en oraciones completas necesitamos de algún predicado vacío, desde el punto de vista del contenido, que contrarreste el proceso nominalizador llevado a cabo en el paso anterior. De k.1, l.1, m.1 a k.3, l.3, m.3 se han producido dos operaciones que se anulan mutuamente: una nominalización (de k.1, l.1, m.1 a k.2, l.2, m.2) y una «oracionalización» (de k.2, l.2, m.2 a k.3, l.3, m.3). Las expresiones veritativas son las encargadas de realizar esta última función. Si tomamos en consideración las dos operaciones, entonces podemos decir que el proceso completo es «redundante».

La posición que Williams mantiene respecto de la identidad, la existencia y la

verdad combina de manera fecunda ideas ya conocidas con ideas nuevas, todas ellas consideradas desde una perspectiva original y brillante que permite un enfoque nuevo y prometedor de problemas esenciales de la filosofía de la lógica y del lenguaje. He pretendido explicar a grandes rasgos los argumentos más centrales de las obras de Christopher Williams citadas al comienzo de este comentario con el fin de acercar a su autor al público español. Pero, naturalmente, el pensamiento de Williams es mucho más amplio, rico, profundo y sugerente de lo que puede ser transmitido en unas pocas páginas. Ahí están sus libros para probarlo.